



JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, *Meditación española sobre la libertad religiosa*, Encuentro, Madrid, 2021, 194 pp. ISBN: 978-84-1339-045-1.

Un escrito en el que se condensa el resultado de ese ejercicio solitario que es meditar. Eso es lo que nos ofrece Encuentro con su reedición del primer libro de José Jiménez Lozano, cuya obra ha recibido los mayores reconocimientos.

Este “ensayo histórico” de Jiménez Lozano traerá al lector ecos de Marco Aurelio y Descartes, de Agustín y Pascal, de quienes también nos quedan páginas con las que compartir el fruto, no ya de un esfuerzo estrictamente investigador o erudito, sino el de un preguntarse personalmente, en lo íntimo, por los asuntos que están justo en el centro de la vida. Es el caso del problema de la libertad de cada persona ante Dios y ante los otros o, lo que lo mismo, el problema teológico-político.

Es legítimo pensar que la intención del autor con la publicación original de *Meditación española...* —escrita como respuesta a las reacciones adversas de gran parte del catolicismo patrio ante los debates y conclusiones del Concilio Vaticano II sobre la libertad religiosa— fue alentar y sostener el cambio que empezaba a vislumbrarse para España, todavía a una década del final del franquismo. La primera consecuencia de su lectura es, por tanto, el cuestionamiento de ciertas ideas establecidas sobre la vida cultural española de aquella época. Pues, aunque probablemente no cabía esperar en aquel momento que ni el libro ni el autor fueran a ser sometidos a una persecución física, su tono y contenido (tan diferentes del de la literatura católica afecta al régimen) sí que podían hacerlos acreedores de cierto rechazo social. Ese cambio de tono permitía ver ya en Jiménez Lozano, como en otros autores españoles del momento, un movimiento de separación —pequeño pero real— de parte de la Iglesia católica respecto al Estado que había ayudado a apuntalar ideológicamente durante las tres décadas anteriores. Obras como esta iniciaban así el desvelamiento de las coartadas teológicas del poder político y volvían a plantear, una vez más, una pregunta esencial: qué tipo de institución ha de ser la Iglesia.

Aunque el paso de estos cincuenta y cinco años no parece haber dado una respuesta satisfactoria para esta pregunta —al menos en el caso de la Iglesia en España—, en *Meditación española...* podrá encontrar el lector una oportunidad para evaluar los avances o retrocesos que estas últimas décadas de vida eclesial y política han traído sobre la cuestión. O, al menos, algunas pistas para comprender la perspectiva que tenía Jiménez Lozano al mirar hacia España desde el castillo de Sant’Angelo. Una mirada desde Roma —el permanente *alter ego* de cada iglesia particular— en la que es posible identificar, como poco, tres elementos esenciales: el deseo de un Estado laico, ante el que la Iglesia supiera evitar la tentación de poner bajo palio a ninguna tiranía; la reivindicación de una comunidad creyente alejada de la pasión de los fanáticos, de una Iglesia intelectualmente bien formada, consciente de sí misma y de su historia y capaz de examinarla críticamente; y la llamada a mantener abiertas las problemáticas preguntas sobre el sentimiento religioso y la salvación,

impidiendo así el cierre de las respuestas a través de la adopción de marcas exteriores (Rm 2:29) y de la exclusión, acto seguido, de quien no las acepte. Se trataría pues, según D. José, de pasar de un catolicismo político a uno más evangélico; conservador, sí, como toda institución, y dotado del esqueleto jurídico y social necesario para su interacción con el conjunto de la sociedad; pero a la vez dispuesto a seguir buscando la mejor forma de cumplir con su único mandamiento, sin caer en la tentación de identificarse con las estructuras seculares, como la patria, tapando las ansias del poder con los lienzos de la teocracia.

La situación con que se encuentra este libro en 2021 es muy distinta a la de su publicación inicial. Una descristianización extensa y profunda ha hecho de la sociedad española un entorno mucho menos receptivo a este tipo de meditaciones. No por hostil, sino por indiferente. Serán pocos los jóvenes españoles que se emocionen leyendo estas páginas, ni siquiera al encontrar en ellas una reivindicación del erasmismo —ese “intento gigantesco de acercar el catolicismo a su frescura y pureza evangélicas” (*Meditación*, p. 54)—, tan vilipendiado siempre en estas tierras hispánicas. Con la decepción instalada en muchos de los sueños con que vibró la generación de Jiménez Lozano, los que ahora atraviesan la edad en la que escribió su meditación quizás no sean capaces de comprender lo que supuso para aquel grupo de españoles (fueran cristianos o no), el acontecimiento del Concilio Vaticano II.

Recientemente fallecido su autor, pero en marcha esta reedición antes de su muerte, cabe preguntarse por los motivos de Ediciones Encuentro para rescatar del olvido un texto así; pues hacer público un libro sobre libertad religiosa, sea en 1966 o en 2021, no puede desligarse de la intención política que ineludiblemente incluye. Quizás tenga que ver con la cuestión de la “identidad cristiana”, un tema que impresionó al que sería uno de los creadores de esta casa editorial, José María Oriol, en los años setenta del pasado siglo. Porque la verdad es que Jiménez Lozano acrisola aquí lo mejor del cristianismo crítico, desplegando un discurso sin concesiones ni *ad intra* ni *ad extra*, pero sin mostrar arrojo alguno en su ser, además de adjetivamente crítico, sustantivamente cristiano.

De hecho, junto a las bondades de su estilo (que el lector podrá disfrutar en otros detalles de su escritura, como esa pieza de orfebre que es *El viaje de Jonás*, Ediciones del Bronce, 2002), lo mejor de esta obra es que no es un libro de partido. Su carácter meditativo es sincero, como muestra que esté lleno de contrastes; porque meditar no es adoctrinar, ni proclamar, ni vociferar. Siendo evidente la alineación del autor con lo que él mismo llama “catolicismo evangélico”, no se deja atrapar por la tentación de querer agradar a todos renunciando a sí mismo. Evita así mostrar una imagen difuminada del cristiano, sin aristas, y no deja de hacer mención de aquellos aspectos que considera positivos en la aportación del catolicismo a la configuración de la España que conocemos.

En ese ir mostrando reconocimiento de los errores de la Iglesia a lo largo de la historia de España y, al mismo tiempo, haciendo una encendida defensa de sus valores, hay un mérito notorio. Pues tal actitud se ha considerado por unos y otros como tibieza, como así se sigue haciendo tantas veces. Con valentía en el pensamiento y en la pluma, y con muchas horas de lectura a las espaldas, Jiménez Lozano señala, cuando está intentando comprender el surgimiento y la evolución de las actitudes inquisitoriales en España, la influencia que pudieron tener sobre estas las posiciones anteriores de judíos y musulmanes en torno a la convivencia interreligiosa. La mención misma de una “Inquisición’ rabínica” (p. 39), expresión que parece impensable para un texto de los sesenta y no menos polémica hoy, supone la victoria sobre un tabú por parte del esfuerzo intelectual y espiritual de hacer frente a lo real

como es, y como ha sido, sin conformarse con el consumo y la producción de estereotipos.

Con la elegante prosa que le caracteriza, José Jiménez Lozano comparte con sus lectores en *Meditación española sobre la libertad religiosa* lo que sería, durante toda su vida, la entraña de su vida espiritual: la intención de vivir un cristianismo serio, profundo en su búsqueda del absoluto en lo alto y en los otros, y resuelto a oponerse a los abusos del poder —de cualquier poder (véanse las reflexiones de don José en “El carro de heno y dos estancias más”, *Pecado, poder y sociedad en la historia*, Instituto de Historia Simancas, 1992)— haciendo frente a los imperios que buscan dominar al hombre. No es extraño así que Gabriel Albiac, quién se reconoce su deudo, haya recordado recientemente al escritor abulense como “el último jansenista”.

Es muy posible que mientras esta voluntad de resistencia al poder se mantenga, el catolicismo —como le ocurrió en vida al mismo Jiménez Lozano— encuentre a su lado el pensamiento serio y la integridad moral de quienes, sin necesidad de creer en el Dios que aquel anuncia, reconocen en el ser humano una dignidad irrenunciable, que no admite componendas ni arreglos, y que reside tanto o más que en cualquier otro sitio, en su libertad para creer.

Juan D. González-Sanz